

MARTA GRACIA

**LA MUSA
DE LA
FLOR NEGRA**

**NADIE PUEDE RESISTIRSE
A LA FRAGANCIA DE LA VAINILLA**



MAEVA

PRIMERA PARTE

1

CELIA SALIÓ DE la habitación sin hacer ruido y bajó a la cocina descalza y de puntillas. Se sentó en la silla de mimbre y saboreó aquellos momentos de tranquilidad y silencio echando un vistazo a las recetas de merengues, turrone, rosquillas y bizcochos de su cuaderno. Sacó la ramita de lavanda seca que hacía las veces de marcapáginas y apuntó los pasos para elaborar los caramelos de azahar que había puesto en práctica el señor Carranza el día anterior. Suspiró frustrada preguntándose de qué le servía toda aquella información si ni siquiera podía comprar los ingredientes necesarios para hacer aquellos magníficos dulces. Aunque de vez en cuando hurtaba algo de azúcar de la despensa de La Perla, aquel botín desaparecía tan pronto como cruzaba la puerta de su casa, y es que sus hermanos se abalanzaban hacia los granitos blancos como las hormigas a la mermelada.

Miró con tristeza los ganchos vacíos que colgaban del techo de la cocina. Ya no quedaba nada de los restos de matanza que había comprado hacía unas semanas en el mercado de la Cebada, y en las tres pequeñas estanterías de madera tan solo restaban un par de tarros de garbanzos y pescado en salazón. No tendría más remedio que ir al matadero de la Puerta de Toledo a comprar mondongos, vísceras y sangre para hacer morcilla.

Salió al pequeño corral, donde sobrevivía una vieja higuera. Como estaban a finales de septiembre, el fruto estaba maduro, así que recogió una buena cantidad para hacer su propia mermelada. Echó carbón al brasero de la cocina y puso un cazo negro de hierro al fuego. Troceó los higos y dejó que se hicieran a fuego lento. El aire se llenó enseguida de un aroma dulce y fresco.

De pronto, escuchó la tos ronca y persistente de Gonzalo, el pequeño de la casa, de tan solo cuatro años.

—¿Qué haces? —le preguntó, desperezándose a los pies de la escalera.

Tenía el pelo lleno de tirabuzones castaños, el rostro pálido y los ojos azules y apagados. El ruido que salía de sus pulmones sonaba como el aire del fuelle de un herrero.

—Estoy haciendo mermelada de higos —respondió, acariciándole la cabeza. Olía a una mezcla de alcanfor, sebo y mentol, de todos los ungüentos que le aplicaba en el pecho antes de acostarse—. Hoy no tengo que ir a la confitería. Es mi día de fiesta, así que estaré con vosotros.

Gonzalo suspiró aliviado, contento, y salió al corral a que le diera el aire. Poco después apareció Beatriz. Llevaba puesto todavía el blusón de dormir, pero se había bajado la ropa para vestirse al calor de la estufa de la cocina. Aunque todavía no hacía mucho frío, la muchacha siempre estaba tiritando. Se desnudó sin ningún tipo de vergüenza, enseñando los diminutos pechos que empezaban a aflorar en su cuerpo. Celia se preguntó en qué momento aquella niña de trece años se había convertido en toda una mujer. Tenía el pelo del color de la miel, largo y lacio, y los ojos claros.

—Madre aún duerme —comentó mientras se vestía—. Ayer llegó tarde del trabajo.

Había heredado la ropa de Celia. El dobladillo de su enagua estaba salpicado de barro y las medias tenían algún que otro agujero impertinente que se resistía al remiendo.

—Y aun así no gana lo suficiente —añadió, desviando la mirada.

Celia torció el gesto, pero trató de ser optimista.

—Algún día nos desharemos de esas deudas.

—¿Tú crees? —Beatriz suspiró—. Llevamos años así. Quiero buscar trabajo, no es justo que trabajes solo tú. Ya soy mayor. Puedo lavar, coser o fregar.

Celia arrugó la frente y negó con la cabeza.

—Ni hablar. Seguirás estudiando en la escuela. Siempre has dicho que quieres ser institutriz y sé que se te da bien. Te gustan los libros, y enseñar.

—¡Pero es imposible! —exclamó con los ojos vidriosos—. Nunca seré institutriz si no voy a una buena escuela, de esas privadas, y jamás podré pagarla. Prefiero ponerme a trabajar.

Se escuchó movimiento en la planta de arriba.

—Olvídate de eso, ya buscaremos la manera. —La agarró del brazo y le señaló el fuego—. Vigila que la mermelada no se pegue. Voy a ver a madre.

Celia subió las escaleras, entró en el dormitorio de su madre y abrió la ventana de la habitación para ventilarla. Enseguida entró el barullo de la calle de las Maldonadas. Algunas mujeres se dirigían hacia el mercado de la Cebada, los carboneros arrastraban pesados sacos por la calle embarrada y un afilador hacía sonar su flautilla de forma intermitente. Por las noches, sobre todo en verano, el ambiente se hacía irrespirable. Se habían acostumbrado a la tos de Gonzalo, pero no a los gritos de los borrachos que asolaban las calles del barrio de La Latina, y que llegaban a casa con los bolsillos vacíos después de habérselo gastado todo en aguardiente de Chinchón.

Mientras su madre se vestía, ella ordenaba la estancia y ahuecaba el colchón de lana.

—Se me han pegado las sábanas —dijo Margarita, lavándose la cara en la jofaina.

Celia recogió el bonito vestido que había lucido su madre la noche anterior y lo guardó en el armario. Después, miró el retrato de su padre, colgado sobre el cabecero de la cama. Klaus Gross iba vestido con una capa que le llegaba hasta el muslo, unos guantes blancos y bastón. No llevaba sombrero, así que los mechones pajizos de su cabellera se enroscaban y le caían sobre la frente de manera desenfadada. A Celia se le hizo un nudo en la garganta. Margarita, percatándose de la aflicción de su hija, se acercó a ella para abrazarla.

—Te quedan los recuerdos —le dijo—. Y su rostro. Eras como dos gotas de agua.

Celia asintió nostálgica, mirándose en el espejo de la cómoda. Tenía el pelo tan claro que a veces parecía blanco, y los ojos verdes, como él. Sus mejillas estaban salpicadas de pecas de color café.

—Sí. En la confitería me llaman la extranjera en tono de burla. Dicen que tengo las piernas demasiado flacas y que soy tan alta como la pértiga de un encendedor de farolas. Me tienen harta. Algún día me cansaré y les tiraré una olla de agua hirviendo a esos dos.

—Con diecisiete años y el genio que tienes —rio—. Diles que también tienes sangre española. Además, hablas alemán y francés. Tuviste mejor educación que ellos y por eso te envidian.

—¡Y para lo que me ha servido, madre! —chasqueó la lengua—. Soy poco más que una sirvienta. —Volvió a mirarse en el espejo—. Me encantan mis pecas. Tengo algo de padre y eso me gusta.

Margarita le acarició las mejillas.

—Son menudas y simpáticas —añadió—. Creo que te dan una gracia especial.

Beatriz apareció de repente en el umbral de la puerta y se incorporó a la conversación.

—¿Estáis hablando de padre? —preguntó, melancólica—. Yo era muy pequeña, pero recuerdo los paseos con él junto al Danubio, acompañados por el aroma de los tilos y las acacias. Comíamos estofado de ternera y tarta de manzana en las mejores casas de comidas. Pero él viajaba mucho y me ponía triste verlo partir. Las campanas de la catedral de San Esteban repiqueteaban con tanta pena que todavía me parece escucharlas.

Celia agarró de la mano a su hermana y asintió. Pensó en Gonzalo, que no lo había conocido, y sintió lástima.

—Fuiste muy valiente, madre —comentó Celia—. Volviste a Madrid embarazada de Gonzalo, con dos hijas más, y empezaste de nuevo.

—Madrid es la ciudad en la que crecí —comentó emocionada—. Mi tierra, mi casa.

—Pero llevabas muchos años en Austria.

—Sí, desde 1854. —Suspiró—. La Compañía Imperial de Viena se fijó en mí en un concierto en el Real Conservatorio de Madrid y me ofreció trabajar para ellos. Ya os lo he contado muchas veces.

Beatriz alzó el dedo y sonrió.

—En la escuela me enseñaron que aquí, en el 54, hubo un golpe de Estado y una revolución —explicó—. ¿Tú recuerdas algo de eso, madre?

Margarita tragó saliva, incómoda, y negó con la cabeza.

—Poca cosa. Creo que fue un tal general Espartero. Ocurrió después de que me fuera del país. —Le tocó la cabeza a Beatriz—. Eres una sabelotodo.

Bajaron a desayunar. Gonzalo sujetaba tambaleante un bote de leche de cristal y en la otra mano sostenía un periódico arrugado.

—Acaba de pasar el lechero —explicó—. Y me ha dado un periódico para Celia. Dice que se lo pidió para guardarlo como recuerdo.

Su hermana asintió ilusionada y echó un vistazo al periódico *La Época* de hacía un par de meses, fechado en agosto de 1877. En la portada se anunciaba el matrimonio del rey Alfonso XII y su prima Mercedes de Orleans. La boda se celebraría en enero y se haría una gran fiesta en Madrid. La Perla, la confitería en la que trabajaba, sería la encargada de confeccionar el postre del banquete.

—¿Ya ha pensado algo el señor Carranza? —preguntó Beatriz.

Celia cabeceó con pesadumbre.

—Todavía anda dándole vueltas —respondió—. Está de muy mal humor últimamente. Tiene miedo a fallar. A esa boda acudirán personas muy importantes, de las casas reales de toda Europa, y no quiere defraudar al rey.

—Nunca lo hace. Es un gran confitero.

—Sí, pero va a tener que trabajar en las cocinas del Palacio Real y eso le asusta. No conocemos el funcionamiento de sus hornos. Nos presionará mucho.

—¡Pero estarás en el Palacio Real! —exclamó emocionada—. ¡Qué suerte tienes!

—Lo sé, aunque no creo que pueda salir de la cocina —suspiró—. Tendré que inventarme alguna excusa para colarme por los lujosos salones de palacio.

Celia comprobó el estado de la mermelada y comenzó a calentar la leche para el desayuno. Gonzalo jugaba con la colección antigua de muñecas de papel que su padre les había comprado cuando eran pequeñas. Por suerte, las había conservado todos esos años y ahora entretenían a su hermano; eran sus únicos juguetes.

—Seguro que tienen cocinas enormes. —Beatriz suspiró y miró al techo—. A mí me encantaría vivir una experiencia así. Quién sabe, quizá algún día acabe allí de criada.

—O de institutriz de alguna infanta —le guiñó un ojo.

—Mejor que no, hija. —Margarita leyó la portada y cerró el periódico con desprecio—. Esas no valoran el trabajo de gente como nosotros.

—¿Por eso no quiere dar clases de canto para las hijas de nobles y aristócratas? —preguntó Celia—. Con la reputación que tiene, podría ganarse la vida así, tal como hacía en Viena, en vez de cantar en teatrillos a horas intempestivas. ¿Por qué no lo intenta aquí?

Margarita negó con dureza y miró hacia otro lado.

—Aquí nadie sabe quién soy —dijo sin más—. Me formé en el Real Conservatorio, trabajé mucho para ser una gran cantante, pero aun así nadie me dio la oportunidad. Madrid no es Viena, hija. Y, además, no tengo contactos en las altas esferas.

Celia observó con detenimiento a su madre. Margarita Martín era alta y delgada, y tenía la voz sorprendentemente grave para una mujer de su constitución. De ahí su don para el canto. Poseía una belleza fría, etérea: su cabello castaño enmarcaba una cara angulosa, de ojos almendrados y labios sinuosos.

—Todavía es guapa, y muy elegante —comentó sonriente—. Aún podría convertirse en una gran contralto aquí e interpretar óperas en el Teatro Real.

Margarita agachó la cabeza, afectada, y apagó el fuego. La mermelada estaba lista.

—No digas tonterías —dijo con poco ánimo—. Venga, daos prisa u os quedaréis sin carne en el matadero.

Celia y Beatriz cogieron su bolsito de mano, un par de vasijas y salieron a la calle. Ya había caído el primer chaparrón del otoño y olía a piedras mojadas y al húmedo estiércol de los caballos. El cielo estaba limpio, pero ya no tenía aquel azul incandescente del verano que tanto les gustaba. Todavía era pronto, sin embargo, La Latina ya había despertado. Desde los balcones de hierro de las casas bajas, las mujeres lanzaban sus cubos de agua sucia al grito de: «Agua va» y los artesanos empezaban a abrir sus talleres. Las calles estaban ya muy concurridas, sobre todo de vendedores provenientes de otras regiones y ciudades, muchos de Toledo y Segovia, que se acomodaban en las posadas y pensiones de la calle Toledo. Y es que esa calle era la entrada principal a la capital, y por eso habían proliferado allí un gran número de fondas y tabernas en las que se podía disfrutar de unas ricas gallinejas fritas acompañadas de un buen chato de vino.

—¿Crees que madre se casará de nuevo algún día? —preguntó Beatriz.

—No lo creo. Parece dolida, como si se sintiera culpable por lo que le pasó a padre.

—Ella no tuvo nada que ver en eso. Bastante tiene con seguir pagando sus deudas.

—Pero está alicaída, sin esa fuerza suya. —Negó con la cabeza—. Ella merece mejor trato que el que debe de recibir en esos tugurios en los que canta. Quizá no deberíamos haber dejado Viena.

—Allí se quedó sin trabajo —chasqueó la lengua—. ¿Qué íbamos a hacer?

Celia se quedó pensativa.

—Pero ¿por qué madre no tuvo suerte en la ópera? Estuvo trabajando varios años para la Compañía Imperial, pero no triunfó. Ella siempre se ha excusado en que lo dejó para cuidarnos, pero no sé... Luego comenzó a dar clases. ¿Es que no es tan buena?

Beatriz arrugó la frente.

—Yo no entiendo mucho de música, pero creo que tiene buena voz. Es contralto.

—Para actuar en un gran teatro, quizá se necesitan otras cualidades que ella no tiene —suspiró—. En fin, ojalá pudiera cumplir su sueño aquí, todavía está a tiempo.

—Madre ya no es una muchacha: hay muchísimas cantantes españolas que están triunfando cada noche en el Real. Y una de ellas es tu madrina.

Celia asintió y arrugó la frente.

—No quiero ni oír hablar de Elena Sanz —dijo dolida—. Jamás nos ha ayudado.

Caminaron despacio, observando el ambiente colorista y animado de su barrio. Las fachadas de las tabernas estaban pintadas de rojo, con inmensos toldos a rayas, y la carretera estaba a rebosar de campesinos cargados de mercancía para abastecer los mercados de la Cebada y San Miguel. De vez en cuando, pasaba uno de esos tranvías de dos pisos tirado por mulas que hacía el recorrido de la plaza Mayor al puente de Toledo. Aquellos pobres animales, fustigados por el cochero, trataban de sortear lo mejor posible el camino de piedras salpicado de baches. Celia jamás había subido a uno de esos vagones, pero tampoco lo envidiaba: tras aquellas cortinillas, uno se perdía demasiados detalles. Le gustaba cruzarse con el lechero, cuya vieja mula aguantaba todavía el peso de las dos enormes jarras que le colgaban a ambos lados de la montura; saludar al colchonero, al tonelero y al espartero, que salían a desayunar a la calle, y escuchar la mezcla de acentos de valencianos, extremeños y manchegos que llegaban a Madrid para vender los productos típicos de su tierra.

—¿Cuándo nos traerás algo de La Perla? —quiso saber Beatriz.

—Cuando alguna tarta esté tan mohosa que ya no se pueda vender, o cuando el zoquete de Arturo se despiste y pueda hurtar algún que otro caramelo de la tienda.

Las dos muchachas rieron. Luego Beatriz suspiró.

—Sé que no te tratan muy bien allí —dijo, sintiéndose culpable—. Ojalá pudieras encontrar algo mejor.

—Bah, estoy bien. —Hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Trabajo muchas horas, sí, pero me gusta lo que hago. Antes solo limpiaba los cacharros y ahora, de vez en cuando, me dejan elaborar algún que otro dulce. Quién sabe, quizá algún día me convierta en la mano derecha de Carranza.

—¿Por eso guardas todas sus recetas? —le guiñó un ojo—. Como se entere...

Las inmediaciones de la puerta de Toledo comenzaron a llenarse de comerciantes de diversos oficios: curtidores que trataban las pieles, vendedores de despojos, candeleros que fabricaban velas con el sebo de los animales y las llamadas «rastreras», que vendían asaduras, entresijos y cabezas de reses. Justo enfrente de la puerta del matadero, había una larga fila de trabajadores cargados con jácaras para llenarlas de la sangre caliente recién salida de las vacas y terneros sacrificados. Flotaba un olor nauseabundo a animal muerto. Tras llenar las vasijas de sangre y entrañas, emprendieron el camino a casa.

—Jamás pensé que algún día acabaríamos en esta situación, comprando vísceras. —Celia arrugó la nariz—. Todavía recuerdo los grandes banquetes que hacíamos en casa, en Viena, sobre todo en Navidad. Nunca nos faltó de nada.

—Lo perdimos todo de un día para otro. —Beatriz apretó los puños—. Menos mal que madre es una mujer fuerte, trabajadora. Gracias a ella hemos conseguido salir adelante. Y a ti, claro. Ojalá las cosas cambien algún día.

De repente, pasó el coche de caballos con el emblema de la Casa Real grabado en una de las puertas. Iba precedido de batidores y caballeriza, y seguido por su escolta de húsares y lanceros. El cochero oficial del rey le guiñó el ojo a Celia.

—¡Pero bueno! —exclamó Beatriz, atónita—. ¡Qué descarado! ¿Lo conoces?

—Es muy pícaro. Se pasa a menudo por La Perla a recoger los encargos de don Alfonso. El rey y su prometida van casi cada tarde a hacer un pícnic al Retiro, y ya sabes lo que le gustan a don Alfonso los dulces del señor Carranza. Ese chico va detrás de mí como un perrito faldero, y a mí no me hace ninguna gracia.

—¿Por qué? —Beatriz se puso en jarras—. Tiene buena apariencia y un buen trabajo. Deberías de estar orgullosa de que el cochero del rey te corteje.

—No me interesan los hombres —dijo de mala gana—. Bastantes preocupaciones tengo ya encima como para cargar con un romance. Y menos con ese tal Diego, que parece que se lo toma todo a broma. No me gusta.

Beatriz suspiró.

—Vaya, pues yo estaría encantada de casarme con un hombre tan reputado.

—Las institutrices no se pueden casar. —Le dio un codazo en las costillas—. Así que tendrás que elegir.

—Prefiero los libros a los hombres, sí —dijo al fin, tras reflexionar—. En un futuro, me imagino entre libros y lapiceros, educando y formando a muchachas de buena posición. Eso es lo que quiero. ¿Y tú?

Celia se quedó callada y pensó en lo que en realidad quería hacer en la vida. Su sueño era poder viajar, como había hecho su padre, algo que veía casi imposible.

—Me imagino muy lejos, Beatriz —dijo al fin—. Muy lejos de aquí.

Se dieron la mano sin decirse nada mientras seguían su camino, pensando en lo que les depararía el destino.

Y AQUELLA NOCHE, antes de acostarse, las dos hermanas, tumbadas sobre el desvencijado camastro que compartían y bajo la luz íntima de las velas, recordaron su antigua vida en Viena. Los domingos paseando por el Stadtpark, un precioso parque junto al canal del Danubio, siempre surcado por lindos vapores; las visitas al Volksgarten, el jardín botánico, en el que se tocaba la mejor música de Strauss al aire libre. ¡Cómo echaban de menos la ciudad! La majestuosa Ringstrasse, aquella amplia avenida atestada de monumentos en la que, en más de una ocasión, se habían cruzado con la brillante carroza del emperador Francisco José; las calles estrechas y

concurridas de la parte antigua de la ciudad, alrededor de la catedral gótica, donde la gente entraba y salía de los lujosos cafés y restaurantes; los edificios barrocos, el tosco ruido del empedrado, los inviernos nevados...

Beatriz sacó una antigua postal de su padre, que enviaba desde las islas Reunión, en el sur de África. Trabajaba para una compañía comercial y pasaba largas temporadas allí, controlando las plantaciones de azúcar y especias. La leyó en voz alta, conteniendo las lágrimas.

Queridas hijas:

Acabamos de fondear en las preciosas aguas del mar turquesa de Reunión. Aunque es un placer caminar descalzo por la arena blanca de sus playas, la soledad hace mella en el viaje. Ojalá pudierais acompañarme y conocer estas montañas que no son más que volcanes cubiertos de un denso bosque tropical. ¡Os encantaría! Quizá algún día, cuando seáis más mayores, podáis hacerlo. Os echo de menos.

Vuestro padre, que os quiere.

Celia, emocionada, abrió una cajita de música que le había regalado el propio Klaus cuando era pequeña. Una bailarina empezó a moverse en cuanto le dio cuerda al son de la melodía de un fragmento de Beethoven. Cerró los ojos y acto seguido le asaltaron los recuerdos de su infancia, cuando todavía no había llegado ese maldito 1873, el año en el que su padre se había quitado la vida.

2

TODAVÍA NO HABÍA salido el sol, así que Celia tomó a tientas las cerillas de la mesita para encender el quinqué. Bajo la débil mecha de luz, comenzó a vestirse en silencio para no despertar a su hermana, que dormía plácidamente y a la que todavía le quedaban un par de horas más de sueño antes de dirigirse a la escuela. Se puso su conjunto habitual: una falda recta, con poco vuelo, y una estropeada blusa sin volantes ni encajes. A veces soñaba con tener un polisón, pues aquella almohadilla que se ataba a la cintura le daría más forma y volumen a sus caderas y a su trasero. Por desgracia, no podía permitírselo y le sería incómodo para trabajar.

El día comenzaba a despuntar y no tardarían en sonar el canto de los gallos y el tintineo de las esquilas. La calle estaba tranquila y tan solo serpenteaba algún carro de bueyes. Hacía frío y había bancos de niebla en el cielo, así que se apretó el grueso chal de lana sobre el cuerpo y se dirigió rauda a la confitería.

Por suerte, La Perla se encontraba a quince minutos de su casa, en la calle Mayor, y el camino no se hacía muy largo. Cruzó el hospital, el Colegio Imperial y vio a lo lejos, en el horizonte, la cúpula del Palacio Real. A veces, cuando tenía que salir a hacer algún recado para el señor Carranza, se desviaba hacia la plaza de la Armería del palacio para poder ver el relevo de la Guardia Real. Le encantaba el desfile de los soldados de infantería, los húsares a caballo y la artillería rodada. Al menos la distraían un poco de su duro trabajo.

El nombre de La Perla, en el rótulo, relucía en letras doradas sobre el fondo negro. A través de la vidriera del escaparate se

exhibían los dulces en bandejas y botes de cristal: azúcar cande, bolitas de anís, regaliz y peladillas de diferentes sabores. El interior de la tienda era más bonito todavía. Había un mostrador blanco rebosante de pasteles, pastas y bombones, también varias cestas con chocolatinas envueltas en papeles dorados y verde metálico. Las paredes estaban cubiertas por un aparador de madera con el fondo de espejo y dibujos grabados al ácido. Varias lámparas de gas colgaban del techo y disponían de sillas de espera para los clientes.

—Buenos días, Celia.

María, la joven dependienta, estaba rellenando los botes de cristal con confites y caramelos. Llevaba una bata azul marino y un impoluto delantal blanco. Su cabello castaño y rizado se escapaba por el borde de la cofia de encaje.

—Sabes que al señor Carranza no le gusta que entres por aquí —añadió—. Tienes que hacerlo por el patio trasero, como todos los trabajadores.

Celia asintió, dándole la razón, pero le entusiasmaba ver la tienda a primera hora de la mañana. Estaba en silencio, limpia y ordenada, con todos los tarros de dulces llenos hasta arriba.

—Espero que el señor Carranza esté hoy de buen humor —apuntó Celia—. Está insoportable últimamente.

—La verdad es que sí. El otro día me regañó porque se me cayeron sin querer un par de peladillas al suelo —entornó los ojos—. ¡Un par de peladillas! Total, que las volvimos a meter en el tarro.

—Pues imagínate a mí, que me dejé por limpiar un poco de hollín negro en el borde del fogón. A veces me paso la tarde cepillando sin cesar, pero ese maldito carbón parece que esté en el aire y que caiga por todas partes.

María se cruzó de brazos y suspiró.

—Creo que está acongojado por la boda del rey. No sabe qué hacer, me parece a mí.

—Todavía hay tiempo. Faltan tres meses y medio para el convite. Seguro que se le ocurre algo.

La dependienta cogió una bolita de anís y se la metió en la boca.

—¿Quieres? —le acercó el tarro—. No se enterará.

Celia negó con la cabeza y tragó saliva.

—Claro que se enterará. ¿Es que a ti no viene a olerte la boca?

María hizo una mueca de sorpresa y dejó el tarro de cristal en su sitio.

—A nosotros, sí —continuó en voz baja—. A los que estamos en el obrador. También nos mira las muelas para comprobar que no hayamos comido dulces.

—¡Será tacaño! —exclamó incrédula—. ¡Ni que eso fuera a arruinarlo! Y mira que le va bien, es el proveedor de la Casa Real.

Celia rio y miró el reloj que colgaba de una de las paredes. Eran ya las siete, empezaba su jornada laboral. Se despidió de María y entró al obrador. Era una gran estancia, ventilada y llena de luz natural, con un fregadero que contenía un secadero y un escurridor. De las paredes de azulejos colgaban cazuelas de cobre, enormes recipientes de hojalata y palos para remover. Había una mesa de mármol perfectamente pulimentada en la que preparaban las masas y las pastas, y otra de madera con barreños, moldes, morteros y espátulas. Como Arturo y Francisca no habían llegado todavía, Celia aprovechó para visitar la despensa y aspirar los ricos aromas de las especias y la manteca. En ella se alineaban un sinfín de botes de cristal con conservas de frutas, esencias y flores, además de cajas de frutos secos y tarros con anís estrellado, canela, nuez moscada y clavo. También algunos botes de goma arábiga y ácido acético que el señor Carranza le mandaba comprar en la droguería, y que servían para espesar y preservar los alimentos.

De repente, escuchó las voces de Arturo y Francisca. Arturo era la mano derecha del señor Carranza, y Francisca, la ayudante de Arturo. Eran tal para cual, creídos y maleducados, y se pasaban el día haciendo chanzas y riéndose a su costa. Salió corriendo de la despensa y se dirigió al horno. Aquella era su primera tarea y una de las más tediosas. Si quería que las masas y los bizcochos salieran bien, debía comprobar que siempre quedaran brasas encendidas. Así pues, cada quince minutos tenía que echar otro leño al fuego.

—¡Piernas flacas! —gritó Arturo—. ¡Ven aquí!

Celia arrugó la frente, con la cara húmeda por el vapor, y regresó al obrador. Arturo había llenado de agua un par de barreños y en ellos flotaban las últimas frutas de temporada de septiembre: ciruelas, peras, melocotones e higos. Como en octubre no había mucha fruta, se afanaban por hacer conservas y guardarlas para el invierno.

—Venga, a pelar fruta —le ordenó de malas maneras—, y rápido.

—Si quieres que pele la fruta y que no te rebane tus orejas de soplillo, será mejor que no vuelvas a insultarme —le advirtió, valiente—. Que ya estoy harta.

Arturo era un hombre robusto y sus brazos cubiertos de vello rizado eran fuertes y musculados de tanto amasar y batir. Tenía un frondoso bigote negro y una nariz aplastada como si le hubieran roto el tabique de un puñetazo.

—¿Qué has dicho de mis orejas? —Se acercó a ella en tono amenazante—. Yo estoy por encima de ti y me debes un respeto.

—Todos merecemos un respeto —apuntó antes de empezar a cortar la fruta—. Deberías aprender a tratar mejor a las mujeres si no quieres acabar soltero de por vida.

Francisca rio por lo bajo y Arturo calló avergonzado, atravesándola con la mirada.

—En eso tiene razón la muchacha —añadió su compañera—. Ya tienes una edad, hombre.

Arturo, sin saber cómo defenderse, cambió de tema. Aunque se creyera el gallo del corral, Celia lo ponía en su sitio a menudo. Y este, que tenía un físico imponente pero un escaso intelecto, solía salir perdiendo.

—Dicen que el rey se casa por amor —rio Arturo—. ¡Por amor! ¿Y quién diablos es esa Mercedes de Orleans? Poca cosa, creo yo. Este Alfonsito está más ocupado en sus líos de faldas que en pensar en lo que le conviene a España. Es un crío caprichoso.

Francisca afirmó con la cabeza mientras empezaba a hacer confites de naranja. Cortaba la corteza, la desmenuzaba y luego la hervía junto al azúcar clarificado. Por último, la dejaba secar en la estufa.

—Es una vergüenza —expresó la mujer—. Ni siquiera su madre, la reina Isabel, la quiere. Montó en cólera cuando se lo dijo. Y ya sabemos el porqué.

Francisca alzó las cejas. Era una mujer gorda embutida en un delantal de un blanco gastado. Tenía la cara redonda, con papada, y las mejillas siempre encendidas. Llevaba el cabello mal recogido en una maraña de pelos morenos, grises y blancos.

—¿Y por qué? —preguntó inocentemente Celia—. Yo no lo sé.

—Claro que no lo sabes —respondió Arturo con mala leche—. Si tú eres extranjera. ¡Qué sabrás de nuestro país!

Celia ignoró el comentario y esperó la explicación de Francisca.

—El duque de Montpensier, el padre de la Mercedes esta, es el archienemigo de la reina Isabel. Siempre quiso derrocarla porque él quería ser rey, o algo así. La cuestión es que conspiró junto a los liberales y fíjate, que la reina se tuvo que exiliar en 1868. Y resulta que su hijo se enamora de la chiquilla, que además es su prima carnal.

—El amor es así de impredecible —comentó Celia—. Leí que ya estaban enamorados desde críos, cuando ella tenía doce años y él, quince.

—El amor es lo de menos cuando se trata de cuestiones de Estado, y la boda de su majestad el rey lo es. ¿No sabes que se estuvo debatiendo en las Cortes? Querían una princesa europea, de alto rango. Pero claro, se ve que Merceditas está de muy buen ver.

La habían apodado Carita de cielo, por lo bonita que era. Decían que era de tez morena y de carácter risueño. Solo tenía diecisiete años, como Celia, pero, a diferencia de ella, iba a convertirse en reina y viviría entre algodones para siempre.

—Pues a mí me parece bien que el rey se case con quien quiera. Al fin y al cabo, es solo un hombre y también tiene sentimientos.

Sus compañeros comenzaron a reír.

—Pero ¿de dónde te sacas esas tonterías? —Francisca negó con la cabeza—. Me temo que el calor del horno te está afectando a las entendederas.

—No es el horno, es que ella es así desde que nació —añadió Arturo—. ¿No ves que no le funciona bien el riego? Pobre muchacha.

—*Du bist ein Idiot** —soltó Celia en alemán.

Arturo arrugó la frente, incapaz de descifrar lo que le había dicho.

—Vete a freír espárragos —le contestó él, impotente.

Celia rio y empezó a elaborar las conservas. Echó las peras en una olla de agua fresca, las dejó hervir y las puso en almíbar. ¡Qué peligrosa era aquella masa hirviente de burbujas! La primera vez que la había hecho, le había salpicado el cuello, provocándole pequeñas quemaduras. Y es que, aunque esa tarea no le correspondía a ella, había tanta faena por hacer que a veces se olvidaban de que era una simple friegaplatos. Aun así, aprendía rápido: tenía buena memoria y le era fácil seguir los pasos de las recetas de Carranza. Por otro lado, aunque le agradaba hacer de repostera, aquellas ocupaciones de más alargaban su jornada, pues no podía marcharse de la tienda sin haberla dejado como los chorros del oro. A menudo le daban las tantas.

Bartolomé Carranza cruzó la puerta del obrador y se metió directo en su despacho, que más que un despacho era un laboratorio, ya que en él experimentaba con nuevos sabores y texturas. A veces, cuando algo no le salía bien, se le oía gritar y maldecir a través de la puerta. Entonces era mejor no cruzarse con él.

De pronto, llamó a Celia. Esta, dejando todas sus tareas a medio hacer, entró rauda en la habitación. Su mesa de trabajo estaba llena de cacharros —mangas de lienzo, morteros, rodillos y cortadores—, con manchas de harina, huevos y manteca. Luego le tocaría a ella limpiarla, pensó fastidiada.

—Quiero que montes la nata —le ordenó, entregándole un perol y unas varillas para batir—. Sé que lo sabes hacer y los demás están muy ocupados.

Celia asintió y rezó por que le saliera bien. Aunque lo había hecho decenas de veces, sus manos temblaron. Sentía los ojos de Carranza clavados en ella y eso la ponía más nerviosa todavía. Era un hombre de baja estatura, de bigote fino y medio calvo, pero imponía respeto vestido de aquella guisa. Lucía ataviado con uniforme de color blanco, impoluto, y un gorro de rosca con pequeñas

* ¡Eres un idiota!

flores doradas. Aquella moda de vestir de blanco en la cocina la había popularizado el cocinero y pastelero francés Antonin Carême, que había revolucionado el mundo de la repostería al inventar nuevas recetas, técnicas y materiales. Incluso había trabajado para la Corte francesa. Era el gran referente de Carranza.

—Dale fuerte, mujer —la animó—, que parece que te dé miedo. Quiero una nata bien firme. Para una Chantilly.

Celia no sabía lo que era una Chantilly ni para qué la quería, pero aquel hombre parecía verdaderamente emocionado con lo que estaba creando. Había hecho una masa con harina, agua y huevos, y ahora le estaba añadiendo capas y más capas de manteca de vaca.

—Estoy haciendo hojaldre —le explicó—. Después de mucho pensar, ya sé lo que quiero preparar para el banquete real: napolitanas rellenas de crema Chantilly.

—No sé lo que son, señor Carranza.

—Unas pastas riquísimas. Las aprendí a hacer en la panadería vienesa de August Zang, en París.

—¿Y qué es la crema Chantilly?

—Crema batida ligeramente azucarada y perfumada con vainilla.

Cogió un pequeño botecito de color de ámbar y se lo hizo oler. Celia jamás había experimentado un aroma así. Era cálido, reconfortante, caramelizado. ¿A qué sabría?

—Es esencia de vainilla —continuó en tono didáctico—. Me la han traído *ex profeso* desde México. Es muy cara, por eso no la suelo utilizar, pero la boda de un rey es una ocasión especial, ¿no crees?

Sin dejar de batir, el señor Carranza añadió azúcar pulverizado a la crema y unas gotitas de aquella perfumada esencia. Al llegar a la consistencia deseada, ordenó a Celia que parara y metió el dedo en el recipiente para probarla.

—¡Está riquísima! —Dio unas alegres palmadas—. Esto, combinado con la pasta crujiente y mantecosa de la napolitana... *Est délicateuse!*

Como estaba de buen humor, dejó que Celia catara también la Chantilly. Era cremosa y tenía ese delicado sabor a vainilla indescriptible. Nunca había probado algo parecido.

—Es increíble, señor Carranza. —Seguía chupándose el dedo—. Es maravilloso. Estoy segura de que a su majestad le encantará.

—Esperemos que los hornos del palacio sean tan buenos como el de aquí y que la masa de hojaldre suba como tiene que subir —tragó saliva—. No quiero ni pensar en el desastre que pudiera suponer...

—No piense en ello, señor —se precipitó a decir—. Siempre le sale todo bien. Intentaremos hacerlo lo mejor posible.

Carranza endureció la mirada y se cruzó de brazos.

—¿Intentar? ¿Lo mejor posible? —bufó—. ¡Tú no te juegas nada! ¡Debe quedar perfecto! ¿Es que no lo entiendes, niña?

—Perdone, solo quería animarlo —agachó la cabeza—. Saldrá perfecto.

Enrojeció, nervioso.

—¡No me tiene que animar una friegaplatos! —le señaló la puerta—. Lárgate y vuelve al trabajo.

Celia salió con torpeza de la sala y cerró la puerta tras ella. Se quedó unos minutos pensando en qué había dicho para que el señor Carranza se pusiera tan furioso. Suspiró acongojada. Aquel hombre sufría de cambios de humor bruscos, era impredecible y, cuando trataba con él, debía andarse con pies de plomo. Tenía mal genio, pero era un gran confitero: aquellas napolitanas rellenas de Chantilly serían el remate final a un banquete de ensueño.

MARÍA ESTABA ATENDIENDO al último cliente. Desde el resquicio de la puerta del obrador, Celia la observaba trabajar. Un hombre con aspecto muy elegante pidió unas pastillas de violeta mientras balanceaba su bastón. María, que ya había encendido las lámparas de gas, llenó un cucurucho de papel y lo pesó en la balanza. Luego, se lo entregó. Ya no quedaba nadie en la confitería salvo ellas dos. Celia miró a través del escaparate: ya había anochecido y brillaba el gas en todas las tiendas. La calle Mayor tenía decenas de puntos luminosos, como si hubiera caído una lluvia de estrellas.

—Buenas noches, Celia. Hasta mañana.

María se quitó el delantal y se puso el sombrero. Cerró la puerta principal de la confitería y se marchó.

Celia resopló angustiada y miró el reloj. Ya era entrada la noche y todavía tenía que fregar el suelo. Llenó el cubo de agua y jabón, y comenzó a frotar de rodillas. Se pasó el antebrazo por la frente para secarse el sudor y se estiró para desentumecerse la espalda. Estaba agotada y todavía le quedaba por recoger la mesa del laboratorio del señor Carranza, que se había marchado y lo había dejado todo manga por hombro. ¡Qué sensación de tristeza la invadía a esas horas! Por un lado, apreciaba la soledad y el silencio de aquellos momentos, pues no tenía que aguantar las voces impertinentes de Arturo y Francisca; pero, por otro, tomaba consciencia de la responsabilidad que sostenía día tras día sobre los hombros. Su familia dependía de su trabajo y no podía perderlo. A veces, anhelaba ser otra.

De repente, una mujer golpeó con los nudillos la puerta principal de la confitería.

—¡Está cerrado! —exclamó Celia.

Volvió a insistir. Irritada, dejó lo que estaba haciendo y abrió.

—¿No ve el cartel? —Lo señaló—. Está cerrado. Ya es muy tarde.

La mujer se la quedó mirando con lágrimas en los ojos.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó—. Soy Elena, tu madrina.

Celia abrió la boca, sorprendida. Hacía muchos años que no se veían, ya que un buen día había dejado de visitarlas, sin más. La cantante de ópera había pasado largas estancias en Viena, en su casa, cuando ella y su madre todavía eran amigas. De hecho, cuando era niña, muchas veces la despertaba su voz angelical desde el salón. Su madre había sido su profesora de canto.

—Un día vine a comprar dulces y te vi de refilón en el obrador —le explicó—. No sabía que vivíais en Madrid.

—Dejamos Viena después de lo que le pasó a mi padre —carraspeó con timidez—. ¿Qué es lo que quieres?

—Nada —se encogió de hombros—. Solo quería saber si estabais bien. Al fin y al cabo, eres mi ahijada.

Celia la miró con detenimiento. ¡Qué guapa era! Tenía los ojos negros, las mejillas sonrosadas y los labios carnosos. Su cuerpo era ancho, pero tenía el cuello y los hombros esbeltos, y eso realzaba su figura. Iba vestida con una falda escocesa de seda que dejaba asomar con sutileza sus enaguas de encaje de Bruselas. Sus manos enguantadas recolocaron con gracia su sombrero, del que asomaban varios tirabuzones de color azabache.

—Fuiste tú la que dejaste de visitarnos —exclamó rencorosa—. Mi madre necesitaba ayuda cuando pasó lo de mi padre y tú no estuviste a su lado después de tantos años de amistad.

Elena miró hacia otro lado y resopló. Parecía querer decir algo, pero se contuvo.

—No todo es fácil de explicar, Celia. —Dejó de hablar, emocionada—. La cuestión es que me gustaría retomar la relación de nuevo, al menos contigo.

Celia negó con la cabeza, dolida.

—Ahora ya es tarde. —Hizo ademán de cerrar la puerta.

—¡Espera! —Elena sacó una tarjeta de su bolsito y se la dio—. Aquí está mi dirección, por si un día necesitas algo.

Celia asintió sin mucho ánimo y se despidió. Mientras terminaba de fregar el suelo, pensó en lo que había ocurrido. Aquello le había removido por dentro y le había hecho recordar los buenos momentos que había pasado con su madrina durante la infancia. Pero no había vuelta de hoja: Elena había abandonado a su madre, su amiga del alma, en los momentos más duros, y eso no se lo podría perdonar jamás.

Comenzó a limpiar la mesa del señor Carranza. Había restos de huevo pegados a la mesa y una ligera capa de harina flotaba todavía en el aire. Olía a manteca rancia. Mientras lo dejaba todo impoluto de nuevo, Celia se topó con el frasco de vainilla. «Qué delicioso descubrimiento», pensó. Aprovechando que se encontraba sola, desenroscó la pequeña botellita y se la llevó a la nariz. Era cálida, sensual, exótica. ¡Qué maravilla! Si pudiera, se rociaría el cuerpo con esa misma fragancia. De golpe, el frasco se le escurrió de las manos, mojadas y resbaladizas a causa del jabón. Celia

esbozó un grito al verlo caer al suelo y se llevó las manos a la cara.

—Dios mío, ¡qué he hecho! —exclamó en voz alta.

Se quedó parada, sin saber qué hacer, mientras el líquido de color caramelo se esparcía por el suelo. El fuerte aroma le golpeó en la nariz y le revolvió el estómago. Le entraron unas ganas inmensas de vomitar. ¿Qué iba a hacer ahora? El señor Carranza le había dicho que era un producto muy caro, y que se lo habían mandado especialmente de México. Si se enteraba de que había sido ella, la despediría sin pensárselo. Pero ¿de quién iba a ser la culpa si no? Ella era la encargada de limpiar y la última en marcharse. La había fastidiado.